

todo, como egregio patriota. Por más que se confundan en una individualidad cualidades que tienen un enlace lógico y que son como condiciones de existencia las unas de las otras, es indispensable estudiarlas aparte, siquiera para demostrar que una sola de ellas bastaría para dar grandeza a un hombre común, y que todas forman un conjunto que raras veces es el privilegio, aun de los hombres extraordinarios.

No haré una biografía; esto fuera inútil! La personalidad de Thiers ha sido una de aquellas que atraen constantemente la mirada de sus contemporáneos. Mezclada sin cesar, por más de medio siglo, en los sucesos de todos los pueblos del mundo civilizado, apenas hay un hombre, que no sea un analfabético, que no conozca la gran figura de Thiers. Se han escrito libros sobre su vida; la prensa ha sido el boletín no interrumpido de su larga celebridad. Vosotros todos estais reconstruyendo en vuestra memoria esa laboriosa existencia, y no sólo, sino que estais evocando en vuestra imaginación el aspecto del vigoroso anciano a quien sólo la muerte ha podido derribar, y que se han complacido en reproducir todas las artes del dibujo, y los inventos modernos que han hecho servir la luz a las tiernas solicitudes del recuerdo y a las múltiples exigencias de la popularidad.

Pocos rasgos bastarán a mi objeto, Thiers, hombre de Estado, fué, como todo genio supe-

rior, el obrero de su propia fama. Él no nació en medio de las castas privilegiadas que en un país aristocrático ven, como un patrimonio exclusivamente suyo, el derecho de gobernar; no era el vástago de un tronco ilustre, ni se reflejaba en su nombre el esplendor de un nombre histórico. Tampoco los acontecimientos lo alzaron, como en las alas de un huracán pasajero, porque hubiera caído pronto, y no cayó. Ni la gloria de los otros le sirvió de elemento para construir la suya, ni el espíritu de análisis de la futura Historia le disputará uno solo de sus méritos. Thiers ha sido el único autor y responsable de su celebridad. Yo no me pondré a examinar aquí si fué el hijo de un comerciante arruinado de Marsella, como dicen unos, o de un herrero o de un cerrajero como aseguran otros, o de un simple abogado de provincia, como acaba de publicarse en París. ¿Qué importa a la gloria de Thiers su origen más o menos oscuro? ¿Se piensa acaso, al contemplar una águila que se remonta hasta la región de las nubes, en la escondida grieta que sustentó su nido? Uno de los caracteres distintivos del hombre verdaderamente grande es el de no necesitar de un origen ilustre para fundar sobre él su grandeza. Además, en los pueblos americanos, el origen oscuro importa todavía menos que en cualquier otra parte, porque aquí la democracia no sólo es

una institución política, sino una convicción moral que hace que toda pretensión nobiliaria sea absurda, no estando, por otra parte, fundada en antecedentes históricos que no existen. Las preocupaciones que como impuros sedimentos embarraban el cauce de nuestra vida social, han sido arrastrados por las corrientes democráticas, y hoy se adora la virtud por ella misma, y no por el nombre del que la posee.

Así pues, el eminente republicano a quien honramos esta noche, nos es más simpático todavía por la oscuridad de su origen.

Nosotros solo queremos saber que Thiers fué uno de los últimos hijos de ese gran siglo XVIII padre de tantos grandes hombres y de tantas grandes cosas. Algún espíritu que creyese en la predestinación podría decir que Thiers, naciendo en los últimos días de aquella Semana Magna de los tiempos modernos que se llamó la Revolución francesa, había sido escogido por el Destino para completarla ochenta años después. Es admirable considerar que aquel niño que bajo el bello cielo de la Provenza escuchaba atento, en su cuna, los briosos acentos del himno republicano popularizado por sus compatriotas, estaba llamado como un hijo de la Revolución a seguir los pasos de aquellos innovadores, a ser el legatario de sus ideas y a consolidar la República que ellos habían fundado sobre los cimientos de la Filosofía.

Y ciertamente, mientras el niño crecía en la oscuridad de la provincia, mientras que el joven ensayaba sus fuerzas en las humildes luchas universitarias y obtenía modestos laureles, promesa de los que obtendría más tarde, un mundo de acontecimientos había pasado.

La obra de los republicanos de 1789 había sido destruída; al imperio de Bonaparte, que fué todavía una transformación revolucionaria, había sucedido la reacción legitimista, es decir, la vieja monarquía con todo su sistema de opresión, de oscurantismo, de preocupaciones y de odio al pueblo, recrudecido por el recuerdo de la reciente insurrección. El sombrío y triste Luis XVIII moría, y pronto iba a sucederle otro anciano, Carlos X. Se estaba, pues, en plena monarquía de derecho divino, y apenas empezaban a fermentar sordamente las pasiones republicanas mal adormecidas, los odios bonapartistas mal encadenados y la ambición del duque de Orleans mal disimulada.

Entonces llegó Thiers a París, pobre, oscuro, sin más tesoro que su talento, sin más armas que su fe política, sin más fuerzas que sus esperanzas juveniles. Se conoce lo demás: sus relaciones con el orador Manuel, sus afinidades con los consejeros del duque de Orleans, el brillo de sus trabajos en la prensa. Entonces puede decirse que comenzó Thiers su carrera de hombre de Estado; ya entonces pudo vérsese a plena luz, como

un atleta de la arena política, como un representante de la Revolución, como un hombre de porvenir. En la frente inspirada de aquel joven de pequeña estatura, pero en cuyo semblante se hallaban la vivacidad y la pasión de los hijos del Mediodía, adivinaban los viejos prácticos del mundo político la señal de grandes destinos.

La lucha se empeñó; Thiers publicista con Armando Carrel, y con Mignet, unas veces, y otras escribiendo los primeros tomos de la Historia de la Revolución, ayudó a zapar aquel viejo edificio legitimista que iba a caer para siempre en Francia.

Quando en julio de 1830 la *Providencia divina* abandonó el *Derecho divino* con tan pocos miramientos, como dice sarcásticamente un historiador alemán de nuestros días (Gervinus), y el gobierno del duque de Orleans, como un gobierno de transacción heredó el poder, ya el joven Thiers formó parte del gabinete entrando en el Ministerio de Hacienda como secretario del barón Louis, y después como subsecretario de Estado con Laffitte.

No lo seguiré, durante esa época, en los diversos ministerios en que tomó participio o que atacó bajo el reinado de Luis Felipe, y sólo haré notar dos cosas: Primera: que en esa época se pusieron en relieve todas las grandes cualidades que caracterizaron a Thiers, como buen gobernante.

En el Ministerio de Negocios Extranjeros ya dió pruebas de aquel maravilloso tacto político y de aquella singular previsión que era en él como un don profético y que los sucesos se han encargado siempre de justificar. En el Ministerio de Hacienda ya dió pruebas de esa probidad y de esa facultad de combinación que sólo posee el genio y que le han permitido últimamente encontrar en los días mismos del desaliento y de la derrota los recursos del crédito y los tesoros del patriotismo, con los cuales rescató el territorio nacional y echó las bases de la prosperidad francesa actual. En el Ministerio de Trabajos Públicos, él supo dar cima a grandes empresas de mejora material, estimular las Bellas Artes, abrir nuevas fuentes a la Industria, y dotar a París y a la Francia entera con monumentos y obras que serán siempre el orgullo de aquel país, y nuevos veneros de riqueza pública.

La segunda cosa que haré notar nos interesa sólo a los mexicanos, e importa decirlo esta noche, y es que, para que ninguna nube empañe nuestra simpatía hacia el grande hombre, precisamente en el año de 1838, en que el gobierno de Luis Felipe nos declaró una guerra que sostuvo sin razón y sin gloria, y que sea dicho con verdad, se concluyó por parte del gobierno de Bustamante sin dignidad y sin energía, Thiers no sólo no estaba en el gobierno francés, pero ni aun tomaba parte activamente en la política sino en

sentido opositorista; viajaba en Italia, y no volvió sino en 1840, para presidir un nuevo gabinete, después de la caída del gabinete Molé.

De manera que en la primera guerra con Francia no fué nuestro enemigo, como no lo fué después en la segunda.

No lo seguiré tampoco durante la efímera república de 48, que aceptó con presteza, y sólo recordaré que fué una de las primeras víctimas del 2 de diciembre, y que Napoleón III no le agradeció su voto para la presidencia de la República, porque no contaba también con su voto para erigirse en César.

Proscrito entonces, y alzado después el destierro sin que él lo pidiera, Thiers volvió a su patria a trabajar, siempre en favor de las libertades públicas, y, en efecto, nombrado representante del pueblo, se sentó desde luego en los bancos de oposición, de aquella oposición representada por un pequeño grupo de hombres ilustres, los Favre, los Picard, los Pelletan, de quienes podía decirse con razón, que valían *non numero, sed pondere*.

Lo que hizo después en el Cuerpo Legislativo... pero esto toca al patriotismo de Thiers, y voy a considerarlo ahora como historiador.

Dos son los grandes monumentos con que Thiers enriqueció la historia. La revolución francesa había tenido, hasta él, cronistas, defensores apasionados o deturpadores violentos. Acabando

de salir de la revolución y de la reacción, no era posible serenar el espíritu para escribir la historia.

A Thiers tocaron mejores tiempos, y por la primera vez delante de los testigos de aquel inmenso drama, el joven escritor se atrevió a ensayar una historia que era una reivindicación de 1789 y una inoculación nueva del entusiasmo por las libertades humanas. Sin embargo, esta obra es una obra de combate y el fruto de una juventud ardiente, que no contaba por otra parte ni con el tiempo ni con los elementos necesarios para reconstruir una vasta época, un decenio, pero un decenio grande como un siglo por lo gigantesco de los hombres y de los sucesos. Así es que *la Historia de la Revolución francesa*, por grande que sea su mérito, no es la obra magna del célebre escritor. La obra magna, la obra verdaderamente de Thiers y que coloca su nombre al lado de los nombres de los grandes historiadores del mundo, es *la Historia del Consulado y del Imperio*, vasto monumento elevado a la gloria francesa y a la memoria del siglo XIX.

Sólo el genio ha podido realizar esa inmensa concepción que abrazaba en su plan al mundo entero, porque también el mundo entero había tomado parte en la gigantesca lucha provocada por las ideas nuevas, sostenida por la revolución hecha hombre en la persona de Bonaparte.

El mismo Thiers hace la sinopsis de esa épo-

ca y de esa obra en algunas frases de su discurso de recepción en la Academia francesa, en 1834, tiempo en que parece que ya concebía el proyecto de llevar a cabo esa tarea gigantesca.

«¡Qué tiempos, qué cosas, qué hombres desde ese memorable año de 1789 hasta este otro no menos memorable de 1830! La vieja sociedad francesa del siglo XVIII, tan delicada pero tan mal ordenada, acabó en una tempestad terrible. Una corona cae con ruido, arrastrando con ella la cabeza augusta que la llevaba. Inmediatamente y sin intervalo, son precipitadas las cabezas más preciosas y más ilustres: genio, heroísmo, juventud, sucumben al furor de las pasiones que se irritan contra todo lo que forma el encanto de los hombres. Los partidos se siguen; se empujan al cadalso hasta el término que Dios ha marcado a las pasiones humanas; y de este caos sangriento sale repentinamente un genio extraordinario que se apodera de esta sociedad agitada, la detiene, le da a la vez orden y gloria, realiza la más verdadera de sus necesidades, la igualdad civil, aplaza la libertad que lo hubiera estorbado en su marcha, y corre a través del mundo a llevar las verdades poderosas de la revolución francesa. Un día su bandera tricolor brilla sobre las alturas del monte Tabor, otro sobre el Tajo, y un último día sobre el Borystenes. Cae, en fin, dejando al mundo lleno con sus obras, al espíritu humano lleno con su imagen; y el más activo de los mor-

tales va a morir, a morir de inacción en una isla del grande Océano».

He aquí el pensamiento fundamental de la obra, que es justamente una Historia y una Epopeya, la única posible de los tiempos modernos. Historia de un cataclismo social y de un conquistador, pero no Historia como la Ciropedia, más bien teoría política que narración de hechos ciertos; no como la de Arriano o como la de Ptolomeo, más bien boletines que estudios sociales; no como la de Quinto Curcio, más bien leyenda adulatoria, ni como las historias augustales, himnos abyectos o libelos apasionados, ni como los cronicones de Carlo-Magno, envueltos en las supersticiones de la Edad Media, sino una historia verdadera, palpitante de interés, rica de documentos buscados en las cancillerías de todos los pueblos, reconstruida con los informes de los testigos, con los planos de las batallas, con el conocimiento del terreno, con el estudio de la táctica del tiempo. El Consulado y el Imperio han salido del cerebro de Thiers como fueron, y Thiers salió de ese estudio completo en sus elementos de historiador, diplomático profundo, estadista, administrador, y lo que nadie ha podido negarle... maestro en el arte de la guerra.

Además, puede asegurarse que Thiers ha fundado en el siglo XIX con Nieburg, con Gibbon y con Grote, los estudios eruditos; con Buckle, con Hallam y con Mac Auley los estudios críticos, y

con Bancroft, con Motley, con Michelet, con Quinet, con Gervinus, la narración límpida y el interés dramático.

Pero esa Historia es también una Epopeya con todos los caracteres de tal. Tiene la grandeza del asunto, la unidad de la acción, y reproduce fielmente el carácter del tiempo y el espíritu del mundo. Y sin necesidad de apelar a la fantasía y de mezclar la leyenda a la realidad, tiene como la Iliada sus divinidades enemigas, sus ejércitos mandados por reyes; por objeto un paso de la civilización. Toman allí parte los reyes de la Europa, del Asia y del Africa, se agitan en lo alto los númenes de las religiones modernas, la diosa de la Revolución y los dioses de Gregorio VII y de Martín Lutero, el dios de Mahoma y el dios bizantino y tártaro de las estepas rusas; ¿qué más? hasta los fetiches de los bosques africanos transportados a los bosques de las Antillas, y los intereses comerciales y políticos, y las escuelas filosóficas, todo lo que puede servir de resorte al espíritu humano, todo juega en ese poema maravilloso al que no faltaría, a ser posible, más que el ritmo de las rapsodias homéricas.

Hasta la suerte de aquellos *pastores de los pueblos* parece reproducida de las tragedias heroicas.

Los Atridas modernos espiraban en la soledad de los mares o volvían a encontrar sus tronos minados por el pueblo. Parecía aquello la vuelta del mundo antiguo.

No hay duda: *El Consulado y el Imperio* es una obra homérica, es una obra dantesca menos poética, pero por eso mismo más real.

Ella sola colocaría a un hombre cualquiera en la cumbre de la gloria; pero Thiers tiene un título mejor todavía para la inmortalidad y para el amor del género humano, y es su patriotismo, su patriotismo, puro, inmenso, fecundo en bienes.

El amó a su patria y amó la Libertad, y puso al servicio de estas dos deidades su perseverancia y su sentido práctico, su gran sentido práctico. Allí está la explicación de su vida entera.

¿Por qué, se preguntan aún algunos republicanos franceses, Thiers, amando la Libertad, pudo prestar su apoyo a la dinastía de Orleans? La respuesta no hubiera sido difícil en 1830, pero ahora es inútil. Los sucesos han justificado al patriota. El reinado de Luis Felipe era un reinado de transacción, era una capitulación necesaria con las preocupaciones europeas adversas a la Democracia. Aquel reinado fue una marcha que hizo muy natural el advenimiento de la República, si por desgracia el cesarismo no hubiera venido entonces, como pretende venir hoy alegando las necesidades y las glorias del primer imperio y presentándose con los derechos del segundo génito de la Revolución.

Pero Thiers hacía con el pueblo su camino, y mientras otros veían, en su impaciencia, llegada

la oportunidad de construir la República, él, sondeaba el espacio y examinaba el suelo, veía que no había llegado el momento del Destino.

Un día, en 1789, en medio de la Asamblea Nacional, Mirabeau, irguiendo aquella cabeza *aterradora de fealdad y de genio*, según la expresión de Thiers, y proponiendo el nombre *pueblo* como título para los representantes, decía: «Mi alma se eleva contemplando en el porvenir las consecuencias dichosas que este nombre puede tener. El pueblo no verá más que a nosotros; nosotros no veremos más que al pueblo. . . . Al abrigo de un nombre que no intimida, arrojamos un germen; lo cultivaremos, apartaremos las sombras funestas que quieran ahogarlo; lo protegeremos; nuestros últimos descendientes se sentarán bajo la sombra bienhechora de sus ramas inmensas».

Pues bien: pareceme que Thiers veía crecer el árbol que los excesos de la Demagogía, la revedad legitimista y la revedad nueva, las tendencias comunistas y el cesarismo habían procurado ahogar, y que después de Sedan y de la Comuna había como escuchado la voz misteriosa del Destino, decirle: «*Ahora sí es tiempo. Todo despotismo es absurdo. La República es ya el único gobierno posible en Francia.*»

De este modo la profecía del gran tribuno de 1789 está realizada. El árbol de la libertad está ya robusto y frondoso, y el pueblo francés puede descansar a su sombra.

Por eso, yo tengo para mí que Thiers, acaudillando el gran partido republicano de Francia, ha sido el hombre complementario de los hombres de 89, y representa en la historia la solidez y el juicio, así como aquellos representaron la Filosofía y la fuerza de impulsión.

Para mí estos dos hombres, Mirabeau y Thiers, se completan después de noventa años, casi un siglo; el uno es la potencia, el otro la regularidad; el uno el titán de la destrucción del pasado, el otro el titán constructor del porvenir. Son dos hombres que forman un solo plan del Destino.

Los dos aman a la Patria, los dos la sirven con todas sus fuerzas, con todos sus años, y los dos sucumben en la tarea de hacerla grande.

Los que quieren hacer de Thiers un converso, ya hacen un elogio muy alto de él y de su nueva religión, porque en todas las religiones tiene menos influencia la fe de Pedro que la convicción de Pablo; pero Thiers no se creyó nunca ni un apóstata ni un tráfuga. Él declaró mil veces que era hijo de la revolución; él dijo *que amaba a su patria, pero que también amaba a su siglo, y que se había hecho de él una patria en el tiempo*. Ahora bien: su siglo es el siglo de la libertad. Carlyle, ese profundo pensador inglés lo ha dicho: *La libertad es una cosa que el género humano está ya resuelto a tener.*

No hay duda, Thiers veía bien el tiempo. Aquellos videntes de las leyendas religiosas antiguas,

tienen sus sucesores en los políticos sagaces de nuestra época, y la mirada de los hombres que, como Thiers, mantienen su inteligencia hasta en la vejez, descubren el porvenir, así como se iluminan mejor los horizontes lejanos con los rayos del sol poniente:

Ahora los azares de la política podrán conceder o negar el triunfo a los republicanos de Francia; no por eso es menos evidente la profunda verdad que ha esculpido el grande hombre en el espíritu de sus compatriotas: *La República es el único gobierno posible en Francia.*

Esto constituye su triunfo, que la muerte, única que ha podido abatir al atleta, no ha hecho más que consagrar con la sanción de la majestad.

Hay, señores, vosotros lo sabéis bien, una cosa más grande que la vida física, y es la vida de las ideas. En ella Thiers es inmortal, su espíritu está con su pueblo y se complace hoy en recibir los homenajes que el género humano tributa a sus virtudes.

El culto a su memoria ha comenzado, porque el culto a los grandes hombres consiste en la gratitud y en la admiración de los pueblos. Allí donde para el hombre vulgar se abre la tumba, para el hombre extraordinario surge el pedestal. El se ha levantado ya para Thiers, y la gloria lo cubre con sus alas. ¡La gloria, que no puede ser el patrimonio sino de los grandes hombres de bien!

Thiers era un hombre de bien, era un genio, era un patriota.

Hé aquí el por qué hoy fraternizan en sus sentimientos de admiración con el pueblo francés todos los pueblos; hé aquí el por qué se depositan ante el altar del gran ciudadano los votos de todos los hombres que adoran la libertad y la ciencia en ambos hemisferios.